

la deuda. ¿Hay necesidad de alguna reforma en tus costumbres, en tus muebles, en tu conducta? no lo dilates para mañana. En fin, manos á la obra; de manera que al fin del día puedas decir: yo me quiero salvar, y esta ó aquella es buena prueba de esto.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN HILARION, ABAD.

San Hilarion, cabeza y patriarca de los religiosos cenobitas en la Palestina, como san Antonio lo habia sido en Egipto, y san Pacomio en la Tebaida, nació en Tebaste, aldea de la Palestina, por los años de 291. Eran sus padres gentiles; y siendo niño, le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Alejandría. Hábiale escogido el Señor para ser uno de los mas ilustres directores de la vida monástica; y así dispuso que fuese cristiano el maestro con quien encontró. Reconociendo este en el niño Hilarion un natural feliz, un ingenio excelente y un fondo de inocencia poco ordinario en otros niños de su edad, se aplicó con particular cuidado á cultivar aquella tierna planta; y la primera prueba que le dió de su especial inclinacion fué instruirle en la verdadera religion, y hacer que recibiese el bautismo. Siendo ya cristiano, Hilarion, en breve tiempo, adquirió todas las virtudes de la religion que profesaba; y aunque los progresos que hacia en las ciencias eran verdaderamente admirables, mucho mas asombrosos eran los que hacia cada día en la ciencia de los santos. No tenia otra diversion que concurrir adonde se juntaban los cristianos. Hacia se notar de todos su devocion, su modestia

y su compostura en la iglesia: no siendo menos admirado en un niño de doce años un juicio muy superior á su edad, y tal pureza de costumbres, que todos le veneraban como á un ángel. No se hablaba á la sazón de otra cosa en todo Egipto que de la admirable vida de san Antonio; con cuya ocasion entró el niño Hilarion en vivos deseos de conocer á un hombre tan célebre por su santidad para aprender en la escuela de tan sabio como experimentado maestro la ciencia de los santos. Con este intento, salió de Alejandría, y se encaminó adonde estaba el santo patriarca, que, descubriendo luego las grandes prendas de aquel niño, y enamorado de sus generosos pensamientos, tomó con particular cuidado la enseñanza de aquel nuevo discípulo que le habia enviado el Señor; previendo desde entonces que con el tiempo habia de ser uno de los mayores ornamentos de su Iglesia.

Detúvose Hilarion una temporada en el monasterio, y desde luego fué la admiracion de toda aquella santa comunidad. Ninguna cosa se escapaba á su vigilancia y á su fervor; no solo estudiaba las piadosas industrias de san Antonio, sino que en cada ejemplo edificativo de los monjes encontraba nueva lección para su aprovechamiento. Instruido ya perfectamente en todos los secretos de la vida espiritual, manifestó al santo patriarca sus deseos de retirarse á algun desierto para pasar toda su vida en el silencio de la soledad. Aprobóselos san Antonio, dándole saludables instrucciones para la nueva vida, y le permitió seguir el espíritu del Señor que le llamaba á mayor retiro. Despidióse Hilarion de todos aquellos santos monjes, que sintieron mucho su partida; y vuelto á Alejandría, tuvo allí noticia de la muerte de sus padres, con la cual se halló heredero de una legitima cuantiosa; pero no queriendo para sí otra herencia que á solo Dios, cedió parte de sus bienes á sus her-

manos, y todo lo demás lo repartió entre los pobres. Tenía á la sazón solos quince años; despojado ya de todo por seguir á Jesucristo, se retiró á un desierto distante dos leguas y media de un pequeño pueblo llamado Mayuma, sitio espantoso y solitario, y muchas por lo infamado con los continuos robos y muertes que hacian en él los salteadores. Ni el peligro acobardó á nuestro santo en su generosa resolución, ni á su delicada complexión le hizo fuerza el rigor de las estaciones. Allí dió principio Hilarion á aquella perfecta vida, que continuó por espacio de sesenta y dos años con un fervor que nunca se entibió, y con tan rigurosas penitencias que asombraron al mundo. Su vestido se reducía á un grosero saco y á una túnica de pieles que le habia regalado san Antonio. Su alimento á los principios eran quince higos al día, que tomaba despues de puesto el sol; y cuando se sentia asaltado de alguna tentación, acortaba la ración hasta pasar tres ó cuatro días sin alimento. Era enemigo de la ociosidad, y tenia repartido todo el tiempo entre la oración y el trabajo de manos; pero sin que este, que era el de hacer cestillas, interrumpiese la oración. Desde los diez y seis años hasta los veinte no tuvo otro alojamiento que una pobre cabaña de juncos que él mismo fabricó, y no le defendía ni del riguroso frío del invierno, ni de los excesivos ardores del estío. Despues fabricó una celdita tan estrecha, que en rigor era una sepultura, y hasta en la figura lo parecia. Nunca tuvo otra cama hasta la muerte que una estera de juncos tendida en la dura tierra. Desde los veinte y un años hasta los veinte y siete era su comida un puñado de lentejas remojadas en agua fría; el resto de su vida fué un rigidísimo ayuno, reduciéndose su alimento á seis onzas de pan de cebada con algunas raices insípidas, sin salsa ni condimento, y no probando ni fruta ni legumbres.

Pero lo que mas tuvo que padecer Hilarion no fué esta asombrosa austeridad de vida. Por mas de sesenta años estuvo sufriendo los mas violentos combates de todo el infierno junto. Para vengarse este del dominio que el cielo le habia dado sobre todas sus tenebrosas potestades, que á solo el nombre de Hilarion salian de los cuerpos que tiranizaban, y solo con dejarse ver el santo se hallaban precisadas á abandonar los ídolos y los templos, puso en movimiento toda su malignidad para perder, ó á lo menos para inquietar y para atormentar á nuestro santo. Espectros horribles, fantasmas espantosas, representaciones torpísimas, de todo se valió para atemorizar su espíritu, ó para manchar su imaginación. Recurría Hilarion á la oración y á la penitencia; y para castigar el espíritu, que continuamente le inquietaba con impuras imaginaciones, atormentaba su cuerpo, cercenándole aun aquel escaso alimento que le concedía, pasando los cuatro y los cinco días sin probar bocado, y añadiendo á estos excesos de abstinencia iguales excesos de trabajo. Oíasele algunas veces decir á su mismo cuerpo: *Yo te haré asnillo, que no tires coques; ya te mataré de hambre y de sed; te cargaré y te haré trabajar por el calor y por el frío, de manera que solo pienses en comer y en descansar, y no en brincar ni en refocilarte.* Si el enemigo le fatigaba á él, él tambien fatigaba al enemigo con excesivas penitencias; de manera que su cuerpo llegó á ser un esqueleto, armazon de huesos cubiertos con el pellejo.

Como el demonio no pudo lograr que dejase sus ejercicios espirituales, pretendió por lo menos perturbarle en ellos. Unas veces hacia que oyese como á la puerta de su celda clamores de niños, llantos de mujeres, balidos de ovejas, mugidos de bueyes, rugidos de leones, bramidos de fieras que le hacian estremecer. Estando en una ocasión cantando salmos, se le

presentó á la vista un combate de gladiadores, en que uno caía como muerto á sus piés, y le pedía que le diese sepultura. Haciendo oracion en otra con el semblante pegado contra el polvo, se distrajo algun tanto, y sintió sobre las espaldas como el peso de un hombre que le tenia debajo de los piés, y le daba de patadas, diciéndole al mismo tiempo en tono mofador y burlesco: *¿Oyes? Pues qué ¿te duermes? ¿te distraes? ¿te diviertes?*

Habia ya veinte y dos años que dia y noche estaba combatiendo Hilarion en su horroroso desierto, cuando quiso en fin el Señor manifestar al mundo la eminente santidad de su gran siervo por medio de los milagros. Elpidio, caballero ilustre, que con el tiempo fué prefecto del pretorio, volvia de visitar á san Antonio con su mujer Aristenera y con sus hijos. Habiendo llegado á Gaza, cayeron tan gravemente enfermos todos los tres hijos, que los médicos los desahuciaron. Afligida la desconsolada madre, los lloraba por muertos, cuando le dieron la noticia de que habia un gran siervo de Dios en un desierto muy cercano. Pasó inmediatamente allá; y pudo tanto con sus lágrimas y con sus ruegos, que le determinó á venir á Gaza. Luego que se acercó á los enfermos, hizo una breve oracion á Jesucristo, y en el mismo punto quedaron perfectamente sanos los tres hijos de Elpidio. Esparcida por todo Egipto la fama de este milagro, de todas partes concurrían en tropas los enfermos de los pueblos á buscar la salud en nuestro santo, y todos eran oidos y felizmente despachados. Acompañaba por lo comun la salud del alma á la del cuerpo; y en menos de seis meses ganó para Jesucristo un prodigioso número de idólatras. Haciale dueño de cuantos corazones le trataban de cerca una santidad dulce, apacible, grata y compasiva, que fué siempre el carácter de nuestro santo; por lo que en breve tiempo se vió

el desierto poblado de solitarios; y á pesar del deseo de Hilarion, ansioso de vivir solo en su retiro, cada dia crecia el número de sus discípulos. No se habia visto hasta entonces monasterio alguno en la Palestina, ni en la Siria algun otro solitario; de manera que Hilarion fué el primero que introdujo en aquel país este género de vida. Creciendo cada dia su reputacion con las maravillas que obraba, se fundaron muchos monasterios en la Palestina, los cuales todos quisieron estar debajo de su obediencia. Dióles reglas, y los gobernó con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta caridad, que se contaba el número de los santos por el número de los monjes. Llegaba este al de tres ó cuatro mil solitarios bajo la direccion y disciplina de san Hilarion, quien cada año los visitaba a todos, a todos les hablaba, y encendia en todos el fervor con sus visitas, con sus palabras y con sus ejemplos. Acompañábanle en la visita dos mil hijos suyos que no podian perder de vista á tan buen padre, y como el alimento de todos estos santos anacoretas se reducía á raíces y á yerbas silvestres, no los cargaba mucho la provision de un poco de pan, que cadauno llevaba para sí, y caminaban sin ser gravosos á nadie.

Haciendo una de estas visitas, y pasando al desierto de Cadés, se halló por casualidad en Elusa, pueblo de Idumea, y todo él idólatra, puntualmente en cierto dia en que toda la gente habia concurrido al templo de Venus para celebrar su fiesta. No es fácil explicar el vivo dolor de nuestro santo á vista de toda aquella pagana muchedumbre. Conocían todos á san Hilarion por los muchos energúmenos de su nacion que habia librado de la tiranía del demonio, y por los muchos enfermos á quienes habia dado salud; por lo que, luego que tuvieron noticia de que habia llegado al lugar, concurrieron todos de tropel á visitarle, jun-

tamente con un sacerdote ó sacrificador que ya estaba coronado y revestido para ofrecer las víctimas al ídolo. Viéndose el santo en medio de ellos, y conmovido vivísimamente de su lastimosa ceguedad, no pudo reprimir las lágrimas; y animado entonces de aquel zelo, que es siempre inseparable de la verdadera santidad, les habló con tanta eficacia y con tanta mocion sobre su lastimosa desgracia de vivir sepultados en las tinieblas del gentilismo y de ofrecer sacrificios al demonio; púsoles á la vista la verdad y la santidad de la religion cristiana con tanta energía y con tanta majestad, que toda aquella muchedumbre quedó suspensa y movida. Acabó entonces la gracia la obra que habia comenzado por medio de nuestro santo, y se levantó un grito universal de todos los paganos, que, reconociendo su ceguedad, clamaban por el bautismo. A vista de tan alegre suceso, se enjugaron luego las lágrimas de Hilarion, que, sin perder tiempo, empleó toda su elocuencia y todo su zelo en instruirlos y en confirmarlos en su resolucion. Uno de los que se mostraron mas fervorosos fué el mismo sacrificador, el cual, revestido con todos sus supersticiosos ornamentos, protestó que no se retiraria mientras no fuese admitido en el número de los catecúmenos. Echóse por tierra el templo, y el ídolo fué hecho pedazos por aquellos mismos que se habian juntado para ofrecerle sacrificios; ni dejaron salir del lugar á nuestro santo hasta que les trazó el plan de una iglesia que se fabricó en muy breve tiempo.

Refiérese que, habiendo llegado Hilarion á cierto monasterio, el mayordomo de la casa, que era muy codicioso y avariento, le quiso regalar. Tenia el tal mayordomo un huertecillo particular, y tan pegado el corazón á él, que vivia en una continua inquietud, con el afan de que no le hurtasen algo, mostrando en el congojoso cuidado con que le guardaba, su espí-

ritu avariento, mezquino y propietario. Sabiendo el tal monje que el santo no le miraba con buenos ojos por su genio interesado y codicioso, le pareció que le podría ganar la voluntad regalándole con un manojó de habas verdes. Sirviólas á la mesa Hesiquio, compañero del santo, el que apenas las vió cuando exclamó que las apartasen de allí, porque apestaban á un hedor de avaricia insoportable; añadiendo que ni los brutos las podrían tolerar, y mandó á Hesiquio que hiciese la experiencia. Con efecto, habiéndoselas echado á los bueyes, luego que las vieron, comenzaron á espantarse, á bramar extraordinariamente, y se enfurecieron tanto, que, rompiendo la cuerda, echaron á correr, llenando el aire de temerosos mugidos.

Entre tanto, llamándole siempre á Hilarion su natural propension á la soledad, gemia sin consuelo, viéndose continuamente rodeado y como sufocado de los innumerables que le venian á buscar, unos pidiendo milagros, y otros solicitando instrucciones. Los obispos, los presbíteros, los clérigos y los monjes, las señoras cristianas, los labradores, los magistrados y las personas de la primera distincion, todos acudian á él en sus necesidades espirituales; pero vencido en fin de su amor al retiro, determinó ponerlo en ejecucion y esconderse en una soledad, donde viviese desconocido al resto de los hombres. Luego que se entendió su resolucion, se conmovió todo el país. Amontonáronse cerca de él mas de diez mil personas y le conjuraron con sus clamores y con sus lágrimas que no desamparase la Palestina; pero el santo se mantuvo inmóvil en lo que tenia resuelto, protestando que no comeria ni beberia mientras no le dejasen marchar. Guardábanle sin perderle de vista; pero en fin viendo que efectivamente no habia querido probar bocado en siete dias, se hallaron precisados á condescender. Partió acompañado de una infinidad

de gente hasta Betel; allí los despidió á todos, quedándose solo con algunos solitarios, en cuya compañía se fué al monasterio de san Antonio para celebrar el dia de su aniversario. Desde aquí se encaminó á Afrodita en el alto Egipto, deteniendo consigo solo dos monjes, é hizo alto en un desierto inmediato á aquella ciudad, donde se entregó á la abstinencia, al silencio y á todos los demás rigores, con tanto fervor como si comenzara entonces la carrera. Desolaba á todo el país una sequía de tres años; y noticiosos los moradores de la llegada del santo, acudieron todos á él suplicándole que les alcanzase del cielo abundante lluvia; logróla, y á esta maravilla se siguieron otras muchas. Con esto, le arrojaron fuego del país las honras que todos le hacian. Determinó irse á sepultar en el desierto de Oasis. Habiendo llegado á Bruquion, arrabal de Alejandria, partió de allí la misma noche que llegó, diciendo á los que se empeñaban en detenerle que, si hacia noche en aquel sitio, todos lo pasarian mal por su motivo; y con efecto, la mañana siguiente llegó un destacamento de soldados despachados por Juliano Apóstata para prender al santo, como el mayor enemigo del paganismo que el impío emperador intentaba restablecer.

Entró Hilarion en el horroroso desierto de Oasis, donde estuvo oculto por espacio de un año; pero siguiéndole á todas partes su reputacion, sin poderse librar de ella, determinó pasar á las islas desiertas para vivir desconocido. Con este intento, se encaminó al puerto de Perotonio, donde se embarcó para Sicilia con un discípulo suyo llamado Zanan. Cuando estaban ya en alta mar, entró el demonio en el cuerpo del hijo del patron del navio, y comenzó á gritar: *Hilarion, déjame en paz, á lo menos en el mar; y solo te pido que me des tiempo para llegar á tierra.* A lo que el santo respondió: *Si mi Dios te lo permite, estate;*

pero si él te arroja, no lo atribuyas á un miserable peccador como yo. Al instante quedó libre el muchacho; y toda la gracia que pidió Hilarion al patron y á toda la tripulacion fué que no descubriesen su nombre á persona viviente. Desembarcó en Pachin, y se metió tierra adentro. Estaba como enterrado en una espantosa sotedad, cuando un energúmeno le descubrió en Roma, y por los indicios que dió el mismo demonio, pasó á Sicilia; postróse delante de la cabaña del santo, y al punto quedó libre. A este milagro se siguió el de la curacion de todos los enfermos que acudieron á él de todas partes; tanto, que se extendió su fama hasta Grecia, y allí supo su querido discípulo Hesiquio que su santo maestro estaba en Sicilia. Partió al punto á buscarle; y como le hallase determinado á irse á esconder en algun país de bárbaros, el mismo Hesiquio le llevó á Epidaura en la Dalmacia. El año de 365 salió el mar de sus límites, y amenazaba absorberse toda aquella ciudad. Noticiosos los vecinos de que el extranjero era el célebre obrador de milagros, le buscaron, le cogieron y le llevaron á la ribera. Hizo el santo tres cruces sobre la arena, y al punto se detuvo el mar. El ruido que metió este milagro, fué bastante motivo para que Hilarion escapase á otra parte. Embarcóse, aportó á la isla de Chipre, y sepultóse vivo en el hueco de un horroroso peñasco; pero luego le descubrieron los energúmenos. Pareciale al santo haber encontrado un desierto donde no seria conocido; pero sus mismos milagros le hacian traicion en todas partes. Mantúvose allí cinco años, haciendo una vida mas parecida á la de los ángeles que á la de los hombres. Esparcióse en fin la voz de que Hilarion habia pronosticado su muerte, y al punto concurrió innumerable multitud de gente de toda la isla, y el santo hizo á todos darle palabra de que habian de enterrar su cuerpo en el mismo sitio

donde espirase. Llegada la hora en que el Señor quería premiar á su fiel siervo, sintió cierta especie de temor; pero alentando entonces su fervor y su confianza, se volvió á su misma alma, y le dijo: *Sal, alma mia, sal; ¿qué temes, qué te acobarda? casi setenta años ha que sirves á Jesucristo, ¡y todavía temes morir!* Al decir estas palabras, rindió su espíritu el año de 371, á los ochenta de su edad. Enterraron su cuerpo en el lugar que el mismo santo había deseado; pero diez meses despues su querido discípulo Hesiquio le hurtó secretamente, y se le llevó á su antiguo monasterio de Mayuma. Muy en breve se hizo glorioso su sepulcro por los milagros. Halláronse sus hábitos tan enteros como cuando murió, y su cuerpo tan fresco y tan intacto como si estuviera vivo. Sucedió su muerte el día 22 de octubre en que la Iglesia celebra su fiesta.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Hilarionis abbas commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Hilarion nos haga gratos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el día III, pág. 57.

NOTA.

« El elogio de Moisés que hace el Eclesiástico en este lugar, conviene perfectamente á los santos aba-

des que fueron queridos de Dios por su eminente virtud; y tambien lo fueron ó lo debieron ser de los hombres, ganándoles los corazones por la prudencia con que los gobernaron. Sin embargo, esta epistola es con mucha particularidad un vivisimo retrato de san Hilarion, tan amado de Dios como de los hombres. »

REFLEXIONES.

Su memoria se conservará en bendicion. ¡Oh, y qué diferencia hay entre la memoria de los santos y la memoria de los mayores hombres! Aquella se conserva en bendicion, entre alabanzas, en veneracion y entre continuas gracias al cielo. Son alabados los santos despues de su muerte en la congregacion de los fieles. Aunque hubiese sido oscuro su nacimiento; por baja, por vil, por humilde que fuese su condicion; aunque no hubiesen tenido ni espíritu, ni talentos, ni alguna otra de aquellas prendas brillantes que tanto se estiman en el mundo, que se llevan las atenciones, que se arrastran los aplausos; todo lo suple con ventajas la santidad. Pero ¿qué veneracion se conserva por aquellos grandes hombres que hicieron bella figura mientras vivieron? Acabóse la figura con la vida. Metieron ruido; pero ¿en qué paró este ruido un momento despues de su muerte? Acabóse el ruido, y con él pereció al mismo tiempo su memoria. Solo acordarse de un difunto causa miedo; se mira con un género de horror todo cuanto sirvió en vida al uso de su persona. Pero hágase concepto de que el difunto fué un santo; ¿con qué veneracion se mira su cuerpo? Lejos de causar horror, el cuarto donde murió inspira no sé qué consuelo, alegría, respeto y confianza. El ataud donde está expuesto el cuerpo se hace precioso, y se tiene por feliz el que logra una alhajilla de las que sirvieron al difunto. Las telas mas ricas,

los metales de mayor estimacion no parecen ni decentes ni bastantes para envolver ó para engastar un huesecillo, algunos cabellos, una particilla de su vestido ó de su mortaja. Todos se atropellan por besarle las manos y los piés; todos se postran delante de aquel cuerpo. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos, los monarcas, todos se arrojan delante de él, todos imploran su proteccion, todos se encomiendan á sus oraciones; pero si es un cuerpo muerto, si es un cadáver; no importa, la santidad no solo hace dulce la muerte de los santos, sino que hasta sus cuerpos muertos los hace dignos de la pública veneracion. Aunque el difunto hubiese sido el hombre mas bajo de la república, toda la gente de la mayor distincion, ó por su cuna, ó por sus empleos, hará vanidad y se considerará obligada de concurrir á su entierro. Llevaráse su cuerpo como en triunfo entre los votos y los aplausos del pueblo. ¡ En cuántos templos se colgarán sus retratos! ¡ en cuántos altares se colocarán sus reliquias! Los siglos mas retirados celebrarán su memoria con veneracion, y en todas partes resonarán sus elogios. ¿Qué grandes del mundo recibieron jamás honra semejante? ¿qué fortuna se puede comparar á la dicha que gozan los santos? Pero los afortunados del mundo mueren, y mueren tambien con ellos todos los honores que les tributaban. El que se rinde á los santos, pasa hasta sus mismas reliquias. No es la reliquia el objeto directo y principal de nuestro culto; el mismo santo que reina con Cristo en el cielo, es el que adoramos y el que invocamos cuando veneramos sus reliquias. La opinion en que estamos de que aquella reliquia que se nos presenta á la vista, es todo su cuerpo ó alguna parte de él; esta opinion, verdadera ó falsa, basta para excitar nuestra devocion, y para que sea agradable á Dios el culto que tributamos á las que creemos ser

reliquias de los santos. No nos pide Dios una crítica severa, sino una piadosa inclinacion á honrar lo que él mismo honra, y á proporcion de lo que le honra el mismo Señor. Acaso por eso, dice san Gregorio, para enseñarnos una verdad tan provechosa como llena de consuelo, no pocas veces obra Dios mayores milagros en los lugares donde verdaderamente no están los cuerpos de los santos que se invocan: *Sancti ad majus fidei nostræ meritum sæpe illic majora signa faciunt, ubi minime per semetipsos jacent.* (Libro 2, Diálogo. cap. últ.)

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 59.

MEDITACION.

DIOS ES MUY LIBERAL CON LOS QUE LE SIRVEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera la liberalidad con que recompensa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreabundantes, valor de los méritos y la sangre de un hombre Dios, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto es alguna vez recompensa de una lijera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa.

Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con ellos; y en ganando dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejem-